

La correspondencia que el caballero le envía a Madame X pone en escena el erotismo discursivo y borra los límites entre el sujeto de la escritura y el sujeto de la lectura. Nosotros, lectores intrusos de la correspondencia privada, nos dejamos seducir por el mismo objeto deseado que Madame X: la palabra. Pero la correspondencia no es correspondida. Su destinataria hace una lectura psicótica de los textos y el sentido se torna delirante. Así, en *Lo impenetrable*, Gambaro no sólo inaugura una retórica-paródica del erotismo sino que a la vez plantea una estética de la lectura.

Lo impenetrable empieza así: «Madame X, última descendiente de una aristocrática familia, recibió el correo a primera hora de la mañana. Su intuición permaneció muda, si hubiera hablado, la vida de Madame X posiblemente hubiera tomado un derrotero distinto, menos envuelto en la pasión arrolladora, tal vez, pero con más satisfacciones cotidianas. Como no era mujer de reflexiones profundas ni de tipo especulativo, y con su intuición dormida, no se demoró en preguntarse quién le enviaba ese sobre de elegante papel y gran tamaño. Por otra parte, estaba acostumbrada a la elegancia y a los grandes tamaños en cualquier género de cosas. Su doncella retiró la bandeja del desayuno y ella, recostada en las almohadas, abrió el sobre sin ninguna premonición salvadora y retiró un pliego de apergaminada textura. Recorrió las primeras líneas, escritas con una letra aguda y temblorosa que se instalaba entre amplios espacios, pero que no anclaba en ellos sino que los transgredía con una libertad soberbia aunque un poco confusa»⁶.

Madame X hace gala de su torpeza desde el inicio como ofreciendo al lector su más cabal carta de presentación. Lectora pasiva –«hembra» habría dicho Julio Cortázar con poca fortuna pero con acierto en este caso al catalogar los tipos de lectores–, acentuando ese carácter con su X cromosomática y detentando una férrea imposibilidad por leer entre líneas. Las cartas proliferan y Madame X no alcanza a comprender su sentido. Todo el texto se le hace «agua» entre las manos y el caballero (su pluma – *penna* – pene) no alcanza a «marcar» a la mujer que desea.

Sin embargo, no queda frustrado totalmente el efecto erótico de la lectura. Fuera del protagonismo que encabezan el caballero y Madame X, como «entre líneas» se hace lugar otro personaje fundamental: Marie. La doncella que sirve a su señora en múltiples quehaceres, funciona como otro descentramiento donde hallar algún sentido: es el margen del margen.

⁶ Gambaro: op. cit., p. 9.

Transgresora («Marie desnudó a Madame X y la acostó. Se acostó ella después a su lado y la consoló como pudo... boca con boca, mano con mano, pubis con pubis»⁷), soez («¿Por qué no se disfraza de sardinetas: culo al aire y sin careta?»⁸), creativa (le proporciona a Madame X sueños eróticos: «Soñó con Marie en lugar de hacerlo con el caballero... Marie seguía perteneciendo al sexo femenino pero inverosímilmente poseía también, y con generosidad, los atributos opuestos que, horror, ella acariciaba y besaba»⁹) y práctica («—¡Marie! ¡Me cita en la montaña! —dice la señora—, y la joven le responde: —¿Por qué no viene a su casa y la termina?»¹⁰). Marie no es sólo la contrafigura femenina de Madame X, es otro modelo de lectura interpretativa.

No es novedad, pero es necesario reiterarlo en esta ocasión: la literatura produce lectores y los libros que rompen el devenir instalando una nueva mirada, aportando aristas diferentes al canon, cambian el modo de leer. La novela de Gambaro suscribe ese mandato de todo buen texto: inaugura otra estética lectora, hace de Marie una buena recolectora de huellas, una buena descifradora de enigmas que deja al descubierto —y en evidencia ridícula— la lectura plana de su ama.

Mientras Madame X es aristocrática, torpe, pasiva y obstinadamente literal, Marie sabe de subterfugios, sentido común, metáforas y acción. La doncella participa de esa doble posibilidad que le dan su estatus social y su edad: plebeya y joven constituye otra perspectiva de lectura. Un nuevo modo —libre, sin las ataduras de la vieja clase noble— de interpretar.

«Marie se calzó la cofia... sin intuir que en el futuro podría ser protagonista, fue a recoger la carta cuyo texto empezaría otra novela»¹¹. Así cierra *Lo impenetrable* y es un cierre que queda abierto en clave metalingüística. O para decirlo con palabras de Colette en *El fanal azul*: «En una época creí que la tarea de escribir era como otras labores: una vez abandonada la herramienta, uno exclama con júbilo: «¡Terminé!», y se frota la palma de las manos de donde llueven los granos de una arena que uno creyó preciosa (...) Entonces, en las figuras que forman los granos de arena leemos: «¡Continuará!»¹².

⁷ Gambaro: op. cit., pp. 61-62.

⁸ Gambaro: op. cit., p. 119.

⁹ Gambaro: op. cit., p. 88.

¹⁰ Gambaro: op. cit., p. 81.

¹¹ Gambaro: op. cit., p. 151.

¹² Julia Kristeva: El genio femenino. Colette, Paidós, Buenos Aires, 2003, p. 448.

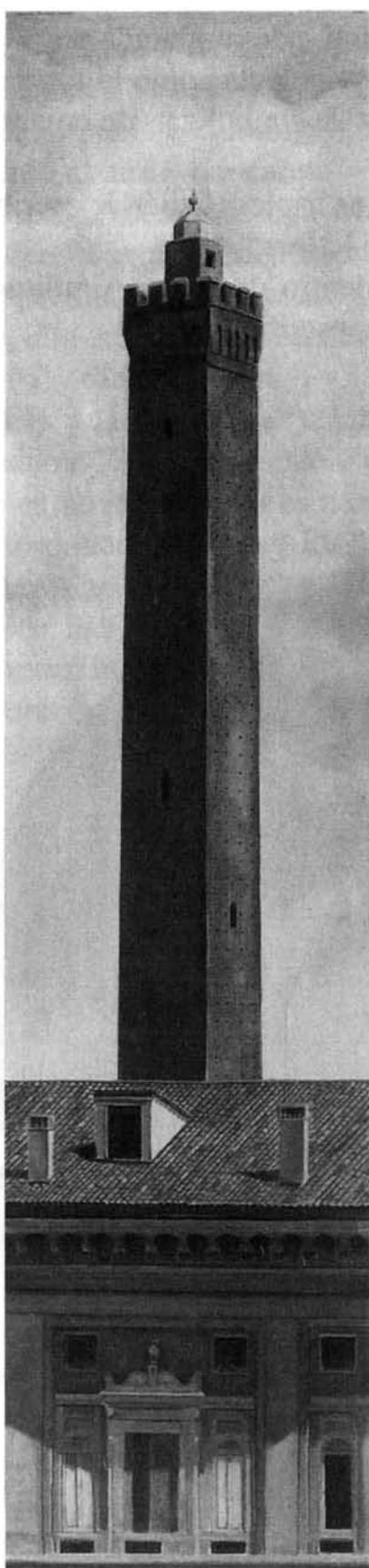
Muerto el caballero —el escritor histérico—, desamparada por «impenetrable» la psicótica Madame X, Marie se postula como la futura protagonista: un sujeto lector deseante, capaz de simbolizar, de cruzar vida y escritura a favor del goce.

Ahora la pregunta que se nos impone es triple: ¿Quién le escribirá a Marie? ¿Qué le dirá en las cartas? ¿Cómo lo leerá ella?

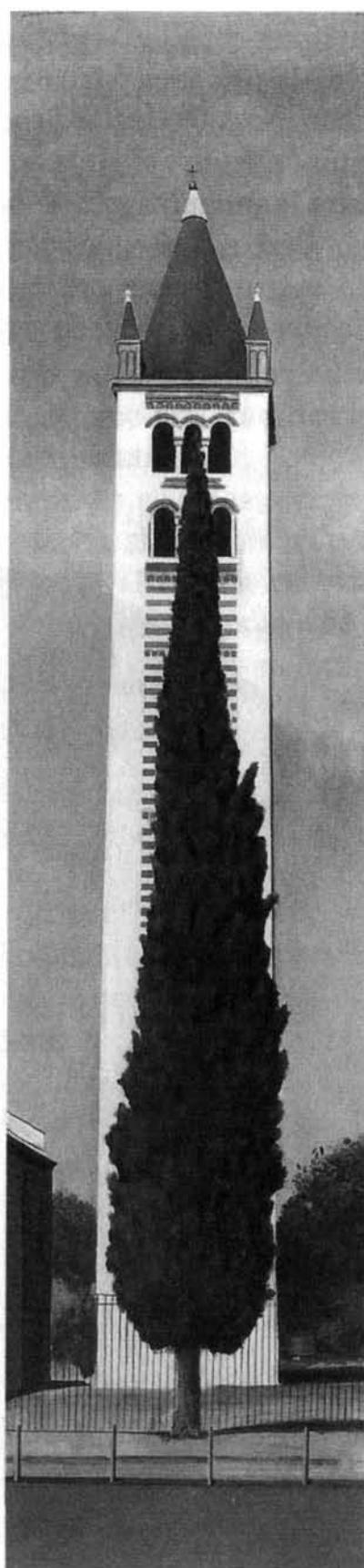
Una sola respuesta creemos posible dentro de la verosimilitud del texto: activamente, es decir, eróticamente, escribiendo.



Santa María Ferosa



Bologna desde el Museo Morandi



Verona. Ciprés en San Zeno